

“A LOS 85 AÑOS, TODAVÍA SIENTO GANAS DE SEGUIR TIRANDO DEL CARRO”

Juan E. Szewc

Los orígenes

Nací un 23 de noviembre de 1927 en la ciudad polaca en Nisko, en la provincia de Lwow. Cuando yo tenía apenas veintiún días de vida, mi padre se embarcó en solitario hacia la Argentina. Soñaba con “hacer la América”. Mi madre y yo nos quedamos en Polonia. Mi abuela ayudó mucho en mi crianza. Teníamos una pequeña fracción de tierra donde cultivábamos papas y criábamos un par de vacas, gansos y patos. Ésa era nuestra fuente principal fuente de alimentos, y vendíamos los excedentes en el pueblo.

En 1937, viendo que la situación europea empeoraba, poco antes de cumplir diez años, partimos hacia la Argentina. Pasé mi cumpleaños en el barco, con las ilusiones de un futuro mejor. En diciembre de ese año conocí a mi padre. Juntos, empezamos a recorrer un camino tan humilde como el que habíamos dejado en Polonia, pero al menos lejos de la guerra que se avecinaba en el Viejo Mundo. Tras vivir en San Cristóbal, Laguna Paiva y Coronda, nos radicamos en Rafaela. En aquel entonces, era una ciudad de unos 15.000 habitantes que empezaba a adquirir protagonismo regional por su fuerte actividad agrícola, comercial e industrial.

Vivíamos en el barrio 9 de Julio, cerca de una de las industrias más importantes de la zona: Frigorífico Rafaela. Éramos muy humildes, a



Juan Szewc (izquierda) con dos amigos de origen polaco, ambos compañeros en el Frigorífico Rafaela. 1946.

veces, comíamos salteado; otras, las galletas con mate cocido que yo compraba tras caminar cuarenta cuadras nos engañaban el estómago. Mis padres me dejaron una enseñanza que me acompañó toda la vida: la única forma de progresar es con el trabajo.

Por supuesto, tiene que complementarse con el aprovechamiento de las oportunidades que se nos presentan. Yo notaba que otros chicos de la zona, con padres comerciantes o pequeños industriales, tenían un pasar mucho mejor que el mío. Eso me dio el impulso para buscar un futuro mejor que, años después, pude alcanzar.

La educación, una herramienta de progreso

En Polonia, yo había cursado hasta tercer grado. Pero cuando llegamos a la Argentina, tuve que empezar todo de nuevo. Así que, en el '38, recién instalados en San Cristóbal, arranqué en primero. Tenía once años. En el '42, empecé a cursar primer año en la escuela industrial *Guillermo Lehmann* de Rafaela, llamada así en honor al fundador de la ciudad. En el '45, egresé como tornero mecánico.

Al poco tiempo, entré a Frigorífico Rafaela, como ayudante en el taller de mantenimiento. Trabajaba el máximo de horas extra que me permitían. Mi situación mejoró mucho.

En el '56, renuncié para empezar a realizar trabajos en forma independiente. Pero toda mi vida estuve muy agradecido por el aprendizaje de aquella primera experiencia laboral. Mi formación en la escuela técnica y mi experiencia en el taller de mantenimiento influyeron para que me inclinara hacia el rubro metalúrgico. Tras la experiencia en el frigorífico, formé algunas empresas con algunos socios, con los que hacíamos trabajos de distinta índole. Aquellas sociedades finalmente se disolvieron. Así fue que comencé con FRIO-RAF.

La creación de FRIO-RAF

El 16 de junio del '63, fundé FRIO-RAF S.A., una firma de fabricación de equipos para refrigeración industrial. Empecé con cuatro operarios en un modesto galpón de sesenta metros cuadrados. Teníamos pocas herramientas y prácticamente ninguna máquina.

Nuestros clientes eran las industrias lácteas y frigoríficas de Rafaela y alrededores, entre ellas Sancor. Como mis productos eran muy buenos, las

referencias de los clientes nos fueron generando muchos otros. Así que nos expandimos. Fuimos atendiendo más y más frigoríficos, y también industrias de variados rubros de todo el país.

Todas las utilidades se reinvertían en materiales, máquinas y espacio de trabajo. En el '70, construimos una nave de 640 metros cuadrados. En los '80, ya teníamos un sector productivo de 1900 metros cuadrados. El crecimiento, en general, fue firme y sostenido aunque a veces sujeto a los avatares de la situación económica y política de turno.

Al compás de las crisis

El primer golpe fuerte que recibió mi empresa fue el Rodrigazo, en 1975. La combinación entre una devaluación de 150 %, y el aumento de los combustibles y de los salarios, hizo que tuviéramos que vender nuestro stock de materiales para salvar la fábrica y las máquinas.

La década del '90 también fue muy difícil. La combinación entre moneda sobrevaluada y apertura comercial hacía que entraran equipos de Brasil a precios con los que no podíamos competir. En aquel momento, teníamos unos sesenta empleados, que tuvimos que ir desvinculando hasta que llegamos a la hecatombe de 2001. Ese año, llegamos a tener apenas doce personas. Producíamos muy poco. En muchas de las obras de refrigeración que hacíamos, directamente usábamos equipos importados que eran más baratos.

Y, como si fuera poco, la devaluación de 2002 complicó aún más nuestra situación, ya que teníamos deuda en dólares con el exterior, mientras que cobrábamos en pesos las ventas a nuestros clientes locales. Pero, más allá del impacto negativo en lo inmediato, la devaluación marcó un cambio de tendencia. Nuevamente, alcanzamos una posición competitiva frente a los equipos del exterior.

Los problemas del crecimiento

Las oportunidades que surgieron después del 2002 no fueron fáciles de aprovechar. Años de crisis nos habían dejado al límite de nuestras fuerzas. No teníamos recursos para hacer las inversiones necesarias para volver a crecer. Pero nos pusimos de pie nuevamente, con mucho ingenio para reconvertir maquinarias y adaptarlas a las nuevas líneas.

Un segundo problema que heredamos de los '90 fue la pérdida de toda una generación de gente con oficio y cultura de trabajo. En tiempos de la convertibilidad, no había oportunidades para los técnicos. Muchos se dedicaron a otras actividades. Y los jóvenes no querían instruirse en actividades metalúrgicas, un sector en crisis. Tuvimos que paliar esta falencia poniendo nosotros mismos una escuela en la fábrica. Nosotros capacitamos a la gente con ganas de trabajar y ansias de progreso.

Los pilares

Desde mis primeros días como empresario, tuve el privilegio de contar con la colaboración de Don Néstor Maina. Él fue mi Gerente General desde el comienzo de FRIO-RAF hasta 1996, año en que se jubiló. Además de ser un incondicional compañero de trabajo, es uno de mis amigos de toda la vida, y una persona muy reconocida por su honradez y su calidad humana.

El segundo pilar de mi empresa es el ingeniero Luis Teodoro Zamaro, un experto en refrigeración industrial, que fue mi asesor por más de dos décadas en el área técnica de FRIO-RAF. El Ing. Zamaro fue miembro del Instituto Internacional del Frío de París, profesor universitario y autor de libros sobre la

París, junto al Río Sena, en el primer viaje realizado a Europa con la esposa.





En la nave N°4 de Frio-Raf

materia que han sido utilizados por más de treinta años en escuelas técnicas y universidades de la Argentina.

Nos conocimos muchos años atrás, cuando Frigorífico Rafaela lo contrató para ampliar y remodelar su sistema frigorífico. Entablamos una gran amistad. Todos los viernes visitaba mi planta, donde con gran pasión y vocación me transmitía sus vastos conocimientos en refrigeración. Después de esos momentos de trabajo, cada viernes compartíamos el almuerzo en mi casa. Mantuvimos esa rutina religiosamente durante diecisiete años ininterrumpidos.

FRIO-RAF, hoy

En la actualidad, la empresa cuenta con más de cien empleados que trabajan en una planta con una superficie cubierta de unos 6000 metros cuadrados, con maquinaria de última tecnología para la fabricación de equipos de refrigeración y siete puentes grúa.

Somos líderes en refrigeración industrial en la Argentina y tenemos un fuerte perfil exportador. Nuestros equipos se venden en toda América Latina, con los más altos estándares de calidad certificados por la Sociedad Americana

de Ingenieros Mecánicos (ASME). Yo sigo levantándome todos los días a las siete de la mañana y trabajando ocho horas en la dirección de la fábrica. Con el tiempo, mis hijos y otros colaboradores han ido asumiendo mayores funciones dentro de FRIO-RAF, y tienen en sus manos la responsabilidad de llevar a la empresa a nuevos horizontes.

El legado

Conocí a mi señora, Elsa, mientras trabajaba en Frigorífico Rafaela. Excelente cocinera y madre, ella me apoyó incondicionalmente desde el comienzo, y siguió a mi lado en todos los momentos buenos y los no tan buenos que tuvimos que enfrentar. Tuvimos tres hijos: Francisco, Marisa y Fernando. Marisa es pediatra, y ejerce su profesión en Rafaela. Los dos varones colaboran en el área comercial de la empresa.

Uno de mis grandes placeres es compartir los domingos en familia, junto con mis ocho nietos: Luisina, Juan Francisco, Agostina, Sol, Juan Ignacio, Juan Fernando, Delfina, y Paulina. Por muchos años, fui el asador de esas reuniones y no permitía que nadie me quitara el puesto.

Con los ocho nietos.



Más allá de la posición económica que haya podido alcanzar, me siento tranquilo de haber podido transmitir a mis hijos una forma de vida simple, honesta y responsable. Me alegra haber podido darles la oportunidad de estudiar y desarrollarse, y estoy orgulloso de ver a mis nietos encaminados por el mismo rumbo que siguieron sus padres.

En lo laboral, años de trabajar con seriedad, sacrificio y honestidad me han dado un gran reconocimiento de colegas y clientes. Siempre fui una persona disciplinada y apasionada por el trabajo. Y traté de transmitir estos valores a mis hijos y a mis colaboradores. Hoy, a los 85 años, todavía siento ganas de seguir tirando del carro. Mi padre tenía razón: la única forma de progresar es con trabajo.